

# La voz de otras miradas

Rosa Rius Gatell

«María es filósofa y, sin embargo, sus amigos eran los poetas. Siempre ha vivido en las fronteras, entre la filosofía y la poesía, los conceptos se le vuelven imágenes».

Octavio Paz

## La voz de otras miradas

**D**eseo relatar una experiencia que compartí con un auditorio reunido la tarde del día 9 de mayo del año 2000<sup>1</sup>. La concurrencia respondía a la convocatoria de una mesa redonda para *ver otras miradas y escuchar otras lecturas* de María Zambrano. Las miradas y lecturas correspondían a tres poetas y a dos actrices.

Allí se vio y se oyó, ciertamente, y se miró y escuchó, y además se percibió ese *algo más* al que alude Zambrano para referirse a lo que se produce cuando se combinan dos sentidos entre sí: «Algo se forma entre el ver y el oír; entre el mirar y el escuchar. Algo más, como en las combinaciones químicas en que un cuerpo nace de la unión entre dos elementos»<sup>2</sup>. Desde luego, escribe Zambrano, no resulta sencillo buscar ese algo más, «porque es un tanto inasible, como lo son en grado sumo todas las cosas

de nuestra psique. Y antes aún, porque cada sentido tiene sus ayudantes en otros sentidos, revelados o no»<sup>3</sup>.

Esa tarde, Concha García, Ramón Andrés y Neus Aguado presentaron, por este orden, su modo de cantar a la amiga de los poetas. Ellos, que se manifestaban «no especialistas en Zambrano», nos regalaron sus *apuntes sobre el tiempo y la poesía*, su *bienhallado olvido* y su *lectura significada de Antígona, el personaje autor*. Con su voz nos capturaron, confirmando así las palabras de la filósofa, según las cuales «lo que se oye [...] se adentra en el ánimo, en el interior». Órgano privilegiado del alma humana, «lo que llega por el oído llama a la unión»<sup>4</sup>. Así Ulises se hizo amarrar al mástil por sus marineros para sustraerse al encanto de la voz de las sirenas y poder contener el invencible deseo de ir hacia ellas. Quedan aquí los textos de los tres vates y sus poemas, ofrecidos como homenaje a quien abogó por la fusión

### Notas:

<sup>1</sup> Mesa redonda *Otras miradas, otras lecturas*, «V Seminario Internacional María Zambrano», UB, Barcelona, 8 al 10 de mayo de 2000.

<sup>2</sup> M. Zambrano, «Entre el ver y el escuchar», en *Educación*, San Juan, Puerto Rico (1970), n.º 30, pp. 112-113; p. 112.

<sup>3</sup> Ídem, *ibídem*, p. 112. Zambrano se pregunta: «¿Sabemos acaso cuántos sentidos en verdad tenemos? ¿No existirán sentidos desconocidos todavía, implicados en otros, o emplazados en lugares del sistema nervioso no identificados quizás?».

<sup>4</sup> Ídem, *ibídem*, p. 113.



Paz Martínez

Andrea Bannach

entre filosofía y poesía, y se aplicó en su conciliación, o, mejor dicho, en su reunificación, puesto que, según recuerda Zambrano en distintos lugares de su obra, los primeros pensamientos filosóficos son a la par poéticos; en poemas se vierte el transparente pensar de Empédocles y Parménides<sup>5</sup>.

Y tras los poetas, las actrices procuraron su decir y su gesto a una figura auroral de la conciencia, Antígona, hija de Edipo, la cual «en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta. Mas ¿podía Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida? No tuvo siquiera tiempo para reparar

en sí misma»<sup>6</sup>. En *La tumba de Antígona*, Zambrano modifica el final de la tragedia sofoclea y, reinterpretándola, da y exige a la vez a la doncella un tiempo entre la vida y la muerte, en el que ha de madurar la conciencia de su ser: «Un tiempo de múltiples funciones, pues que en él tenía ella que apurar aunque en mínima medida su vida no vivida»<sup>7</sup>. Andrea Bannach y Paz Martínez desdoblaron la voz de la inocente, de aquella que nacida para el amor había sido devorada por la piedad, y en quien Zambrano identificaba a Araceli, su hermana: «Antígona me hablaba y con naturalidad tanta, que tardé algún tiempo en reconocer que era ella, Antígona, la que me estaba hablando [...], era ella, Antígona, de quien yo

<sup>5</sup> En «La disputa entre la filosofía y la poesía sobre los dioses» escribía Zambrano: «Y así, en la primera etapa —presocrática— de la filosofía griega encontraremos ese momento feliz de las nupcias entre filosofía y poesía». Véase M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 71.

<sup>6</sup> M. Zambrano, *La tumba de Antígona*, en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 199-265; p. 201. Publicada por primera en 1967, los fragmentos dramatizados por las actrices pertenecen a esta obra.

<sup>7</sup> Ídem, *ibídem*, p. 219.

me tenía por hermana, y hermana de mi hermana que entonces vivía»<sup>8</sup>; Andrea y Paz, decía, desdoblaron la voz de la joven enterrada viva y nos transmitieron sus delirios, observando las palabras que cierran el prólogo de *La tumba de Antígona*, donde se lee: «Mientras la historia que devoró a la muchacha Antígona prosiga, esa historia que pide sacrificio, Antígona seguirá delirando. Mientras la historia familiar, la de las entrañas, exija sacrificio, mientras la ciudad y su ley no se rindan, ellas, a la luz vivificante. Y no será extraño así que alguien escuche este delirio y lo transcriba lo más fielmente posible»<sup>9</sup>. Las actrices estuvie-

ron a la escucha y lo *transcribieron* cuidadosamente con su cuerpo todo, visibilizando con su acción a dos Antígonas, que gracias a ello adquirieron voz y palabra<sup>10</sup>. Se cumplía de este modo la hermosa dedicatoria que figura en un libro de René Char, propiedad de María Zambrano, en la que el poeta escribió: «*Pour Maria et pour Ara soeurs d'Ismene. Leur ami*»<sup>11</sup>. Ambas, pues, hermanas de Ismene, la hermana no rechazada («Hermanas siempre, Ismene, ya lo ves»), y a quien la heroína zambraniana evoca y requiere para no perder, y para no perderse en su búsqueda de la ley nueva y reveladora.

<sup>8</sup> M. Zambrano, «Prólogo» a *Senderos*, ed. cit. en la nota 6, p. 8. Véase asimismo M. Zambrano, «Delirio de Antígona», en E. Laurenzi, *María Zambrano. Nacer por sí misma*, horas y HORAS, Madrid, 1995.

<sup>9</sup> M. Zambrano *op. cit.*, en la nota 6, pp. 220-221.

<sup>10</sup> Cuando finalizaron su lectura, Rafael Tomero Alarcón, primo de María Zambrano, se expresó en los siguientes términos: «gracias a estas criaturas angelicales por habernos traído el espíritu de María».

<sup>11</sup> *Claire. Théâtre de verdure*, de R. Char, depositado en la Fundación María Zambrano, R-0307. Zambrano persistió en la identificación del personaje griego con Araceli, pero no evitó la posibilidad del desplazamiento. Así respondía en una entrevista: «Antígona era mi hermana, ¿comprendes? Con eso te lo digo todo. Antígona era mi hermana; luego han creído que era yo, pues quizás, quizás». Véase la entrevista con José Miguel Ullán, «María Zambrano», *Espacio escrito*, Badajoz, Otoño, pp. 84-90.